

EL GENERAL Y EL GOBIERNO: LA INTERVENCIÓN BRITÁNICA EN ESPAÑA EN 1808

Charles ESDAILE¹

LA historia de la intervención militar británica en el primer año de la Guerra Peninsular de 1808-14 es muy conocida. La lenta concentración del Ejército británico de Sir John Moore en Salamanca, el enojo y la sospecha mutuos que complicaron las relaciones de aquel general con el Gobierno español —en esta época la Junta Suprema Central— las dudas y vacilaciones que caracterizaron la conducta del mando inglés, el avance en el último momento que consiguió la pequeña victoria de Sahagún, la retirada repentina de los británicos hacia La Coruña, la muerte del General en Jefe en la acción del 16 de enero de 1809, y, por fin, la evacuación completa del Ejército británico por la «*Royal Navy*». Todo esto se ha narrado muchas veces, y no vale la pena hacerlo otra vez en estas páginas. Pero la historia de cualquier campaña militar no se escribe solamente por una crónica de marchas y batallas. Detrás, hay siempre otra historia. Esta historia se basa en el contexto político y diplomático que subyace en el interior de esas marchas y batallas. Respecto al caso de la intervención británica en España en 1808, esta otra historia, una historia alternativa, que también es de gran importancia. En primer lugar, nos ayuda a entender una serie de sucesos que a veces se presentan como poco comprensibles; en segundo lugar por su importancia en sí misma, como un factor en el desarrollo de las operaciones militares, y en tercer lugar, revela que la adoración que tradicionalmente ha suscitado la figura de Sir John Moore, en realidad, no es muy merecida. Lo que se describirá aquí, no es una narración detallada de la campaña militar, sino un estudio de su

¹ Profesor de la Universidad de Liverpool.

trasfondo, siendo éste un enfoque distinto que combina el interés con algo de novedad. Al menos así lo espero².

La historia de la campaña de 1808 no empieza en España, ni en Portugal, ni en Gran Bretaña, sino en Suecia. Una de las consecuencias del Tratado de Tilsit de 1807 fue una crisis en el Báltico que afectó profundamente los intereses británicos. Con la derrota de Rusia y Prusia, aparte de Sicilia, Suecia era el único aliado que quedaba a la Corte de Saint James en todo el continente europeo. A pesar de sus pocas posibilidades militares, Suecia era un aliado importante como fuente necesaria de las materias primas que necesitaban los británicos para construir y mantener sus navíos. Se podría incluso deducir, que en el Báltico, Gran Bretaña podría perder la guerra. Muy consciente de las posibilidades que le ofrecía la situación, Napoleón había animado a Alejandro I de Rusia a invadir Finlandia, en aquella época una provincia de Suecia, y estacionar un ejército en Dinamarca. Una parte de esta fuerza era la división española del marqués de la Romana. Como era de esperar, el 21 de febrero de 1808 los rusos invadieron Finlandia, mientras que el 29 los daneses declararon también la guerra. En vísperas de esta crisis la actitud británica era muy pragmática. Suecia era importante, pero ni los suecos tenían grandes posibilidades de resistir el ataque combinado que les amenazaba, ni tampoco los ingleses podían ofrecer un gran apoyo naval o militar. Durante varios meses del año, el mar Báltico estaba en parte cubierto por el hielo, y además los británicos no tenían suficientes tropas para ayudar a sus aliados. Para hacer frente a esa situación, el gabinete de lord Portland tenía muy pocos medios, excepto aconsejar a sus aliados que buscaran la paz, aunque el precio fuera declarar la guerra a Londres. Era evidente que la intención de hacer la paz rápidamente salvaría, al menos, la independencia de Suecia y con esto, la posibilidad de que los suecos pudieran mantener lazos comerciales con los británicos y, finalmente, limitar un estado de guerra que, en realidad, sería una mera ficción. Pero esos planes fueron saboteados por los mismos suecos. El rey de Suecia, era Gustavo IV, persona poco adecuada para la estrategia, a su vez, nada heroica, al que propuso el gobierno inglés. Soberbio, poco racional, y poseído, tanto de un odio violento contra Napoleón (hasta el punto de que se había convencido de que el Emperador francés era la bestia del Apocalipsis), como de aspiraciones bélicas, estaba predispuesto hacia la resistencia. La rendición de Suecia supondría, no solamente la derrota final, después de más de un siglo de competición con Rusia en el Báltico, sino también la

² Para una historia militar de esta campaña, el lector español puede consultar a J. Priego López, y también al conde de Toreno.

ruina económica. Se notaba ya en Rusia, Prusia y Dinamarca el impacto negativo sobre sus economías como consecuencia de la decisión de aceptar el Bloqueo Continental. Para Gustavo, luchar era mucho más atractivo que deponer las armas, y sobre todo porque dos intervenciones británicas muy eficaces contra Dinamarca (en 1801 y en 1807) le habían dejado convencido de que Londres era capaz de enviar socorros militares de alguna importancia. En vez de aceptar los consejos británicos, desafió al enemigo mientras que su embajador en Londres solicitaba el apoyo inglés³.

En Londres la actitud sueca causó gran consternación. Así, al decidirse los suecos a luchar, quedaban muy pocas opciones, excepto la de apoyarles. Solamente de esta manera podía Gran Bretaña defender su credibilidad diplomática con un aliado, y más aún, porque la posición tan difícil en la que Suecia se encontraba, se debía en gran parte a la conversión de la antigua Dinamarca neutral en enemigo, debido al ataque y captura de su flota en agosto del año pasado por parte de los británicos. Este ataque contra Dinamarca era muy importante en otros sentidos. Primeramente, al gobierno de Suecia se le había dado a entender que la isla de Zelândia, ocupada durante las operaciones relacionadas con la flota danesa, quedaría en manos de los británicos como un factor de cambio para la devolución del territorio de Stralsund. Esto no llegó a efectuarse. En segundo lugar, si Gran Bretaña había podido montar una operación militar de gran escala en Dinamarca en 1807, no hacer lo mismo en Suecia en 1808, suponía provocar a Londres con acusaciones de hipocresía y parcialidad. En consecuencia, en contra de la voluntad del Primer Ministro, lord Portland, y sus colaboradores —que preveían pocas posibilidades de éxito—, el Secretario de Estado para Asuntos Exteriores, George Canning, y el Secretario de Estado para la Guerra y las Colonias, Lord Castlereagh, acordaron el envío de una flota y un ejército expedicionario al Báltico. Dado la urgencia de la situación, y, especialmente, la rapidez con que los rusos estaban sometiendo a Finlandia, no había tiempo para fijar un plan con Estocolmo. Pero además, surgió un nuevo peligro para la alianza: desesperado por conseguir el apoyo británico, el embajador sueco en Londres mantuvo en secreto el deseo de Gustavo IV de utilizar las tropas de su aliada en operaciones ofensivas, operaciones tan ambiciosas que no serían bien vistas en Londres. Para complicar la situación aún más, el embajador británico en Estocolmo, William Thornton,

³ Para todo esto, ver MUIR, R. J. B. and ESDAILE, C. J.: «Strategic planning in a time of small government: the wars against Revolutionary and Napoleonic France, 1793-1815»; en WOOLGAR, C. (ed.), *Wellington Studies*, pp. 44-5.

había actuado de manera tan incauta, que Gustavo IV tenía la impresión de que el ejército expedicionario se pondría a sus órdenes⁴.

Puesto que se enviaron desde Londres órdenes en las que estaba muy claro que nunca debían arriesgarse en acciones que pusiesen en peligro una retirada por mar, ni tampoco aceptar al mando sueco, los doce mil hombres que constituían la expedición de rescate deberían confiarse a un general de gran tacto y diplomacia. Precisamente esto fue lo que no tuvieron. El oficial elegido para mandar la expedición, sir John Moore, tenía una hoja de servicios muy distinguida que abarcaba las Antillas, Córcega, Holanda, Egipto y Sicilia. Era un jefe inspirado, valiente y gallardo, soldado competente, dedicado y además inteligente. Como superior, amable y generoso y finalmente, de ideas progresistas, cuyas reformas en el entrenamiento de algunas secciones del ejército británico habían conseguido grandes resultados. En consecuencia, para muchos soldados era un verdadero héroe, a quien veían, tanto con admiración como con afecto. Por desgracia la moneda tenía otra cara. Esta era, que se trataba en realidad de un hombre difícil, vanidoso, egoísta, espinoso, que tenía una opinión muy mala de políticos, diplomáticos, aliados y superiores militares. Estaba tan convencido de su superioridad que rápidamente echaba la culpa a todo el mundo menos a sí mismo, en el momento que surgían problemas. Así, en Córcega y en Sicilia había tenido disputas con los representantes de la Corona británica, y de aquí nació su opinión, de que en campaña la autoridad suprema tenía que estar siempre en manos de los militares. En segundo lugar, había generado una aversión y desconfianza muy grande hacia el Gobierno siciliano, a la vez que intrigaba contra su propio general en jefe, el cual, a su vez, le envidiaba tanto como le despreciaba. Respecto a los sucesivos gobiernos británicos, su opinión sobre su estrategia táctica y ministros era muy negativa. Era especialmente sospechoso para el gabinete de lord Portland, que le había retirado de Sicilia como respuesta a su soberbia y falta de subordinación. El origen de todo este asunto era una ambición frustrada: nunca había conseguido el mando de un ejército británico. Le perjudicaba el hecho de que era un *whig* —es decir, un progresista— en una época en que el gobierno estaba más o menos monopolizado por los *tories* o conservadores⁵.

⁴ *Ibidem*, pp. 45-7; CARR, R.: «Gustavus IV and the British government, 1804-9», *English Historical Review*, XL, 1945, pp. 53-8.

⁵ Para los problemas que surgieron en Córcega y Sicilia, véase, GREGORY, *The Ungovernable Rock: a History of the Anglo-Corsican Kingdom and its Role in Britain's Strategy in the during the Revolutionary War, 1793-1797*, London, 1985, pp. 68-70, and *Sicily-the Insecure Base: a History of the British Occupation of Sicily, 1806-1815*, London, 1988, pp. 68-70. Respecto a la carrera anterior del general, hay alguna información de que su contribución a la reforma del ejército británico se ha exagerado. Vid. GATES, D.: *The British Light-Infantry Arm, c. 1790-1815: its Creation, Training and Operational Role* (London, 1987), pp. 110-29.

Lo cierto es que Moore tenía poca razón para sus pensamientos, en cierta forma mezquinos. En realidad, hasta 1808, año en que todavía figuraba en el puesto 88 de una lista de 130 tenientes generales, no tenía la categoría suficiente para optar al mando de un cuerpo expedicionario —puesto que además era poco frecuente— pero por otra parte, varios de los ministros conservadores, especialmente lord Castlereagh, le tenían en mucha estima. Respecto a sus problemas en Sicilia, aunque a Moore se le trasladó, fue bajo el pretexto, bastante halagüeño, de llevar un ejército de siete mil hombres a Lisboa, donde la amenaza de ocupación francesa había dado lugar a una nueva serie de perspectivas en el campo militar. Al final, tales posibilidades desaparecieron —la fuga de la flota portuguesa en octubre de 1807 provocó la necesidad de un ataque— y se llamó a Moore a Inglaterra. Allí no se encontró en mala situación, al contrario, se le exoneró de las quejas que se le habían hecho, y, por fin, se convirtió en la persona elegida por el gobierno para la expedición a Suecia. Hay que reconocer que la decisión parece un poco extraña, cuando recordamos las malas relaciones que Moore había mantenido con el Gobierno de Sicilia, pero el general era un hombre de talento y energía de quien se podía esperar mucho, que además, tenía muy buenas relaciones con los *Horse Guards*, es decir, el cuartel general del Ejército británico, y, en particular con el *commander-in-chief*, el duque de York. Hay que añadir aquí, que la posición ocupada por el duque de York no era la de un general en jefe, sino que tenía su autoridad restringida a la organización interna del ejército y de otros asuntos administrativos⁶.

A la vista de lo que sucedió, habría sido mucho mejor que Moore hubiera recibido órdenes precisas, pero en el momento de destinarle a Suecia en abril de 1808 esto era imposible. Aunque se había enviado un oficial de enlace —sir George Murray— a Estocolmo para concertar un plan con el gobierno sueco, no había habido tiempo para remitir ningún informe a Londres, y era obvio, según se deducía, de las cartas del embajador británico, que los suecos mismos no sabían lo que querían hacer. Para complicar las cosas aún más, no había información concreta, ni sobre la situación militar en general, ni sobre las fuerzas que tenían presencia en Suecia y sus enemigos. Así, mientras fue posible comunicar a Moore lo que no podía hacer, informarle de lo que podía hacer era una cosa completamente distinta. Como escribió Moore en su diario: «*Estaba claro que el gobierno no tenía un plan específico, y que no había llegado a ninguna otra decisión que la de enviar una fuerza de diez mil hombres a Gote-*

⁶ MUIR y ESDAILE: «Strategic planning in an age of small government», pp. 49-50.

*borg, donde tendría que mantenerse preparado para actuar si se presentaba una oportunidad»*⁷. En este caso, la verdad, era que Moore no se podía quejar. En primer lugar, la combinación de poca información con medios de comunicación lentos e inseguros, originaba que recibir instrucciones poco detalladas era una experiencia bastante común para los generales de la época. Pero al mismo tiempo, unas instrucciones poco precisas tenían la ventaja de que los generales podían explotar su misma vaguedad para actuar de forma autónoma y en consecuencia, aprovechar para su propia gloria, un buen ejemplo es la conducta de sir Arthur Wellesley en Portugal en 1808. Ahora, había llegado a Moore una buena oportunidad, siempre y cuando, se actuara dentro de las posibilidades y se limitaran a las costas del Báltico y del Kattegat, el Gabinete no tenía nada en contra de operaciones ofensivas. Los ministros fomentaron todas las oportunidades para poner énfasis en la libertad de acción gozada por Moore. Este general podía felicitar, por lo menos en teoría. Menos de un año antes, había escrito desde Sicilia: «*Ninguna alternativa o comentario se difundió entre los jefes en este lugar respecto a las expediciones a Constantinopla o Egipto. Si el gobierno no pone confianza en los que utiliza (y además hacerles sentir que gozan de esta confianza), nunca podremos ir de frente contra los franceses*»⁸.

Pero lo que contó para Moore no fueron las posibilidades teóricas que se le daba en sus instrucciones, sino la situación real que se encontró cuando llegó a Suecia. La importante fortaleza de Suomenlinna (Sveaborg) había caído en manos de los rusos sin que la guarnición disparase un tiro. El Ejército sueco consistía solamente en 20.000 soldados, contra los cuales los rusos, los daneses y los franceses podían oponer más de 100.000 combatientes. Gustavo IV estaba lleno de planes tan optimistas como contradictorios y, además, estaba convencido de que el Cuerpo de Moore se había puesto bajo su mando. La única opción que se encomendó al general británico —la de desembarcar sus fuerzas en Goteborg para liberar su guarnición y aprovecharla en operaciones de otro sector— era rechazado de plano por los suecos que tenían prevenciones de que aquel puerto se convirtiera en un nuevo Gibraltar báltico. En muy poco tiempo, Moore se encontró en medio de un conflicto diplomático de gran envergadura. Por una parte, Gustavo IV insistía en comprometer sus fuerzas para operaciones absurdas que no tenían ninguna posibilidad de éxito, mientras que por otro Moore se

⁷ MAURICE, J. (Ed.): *The Diary of Sir John Moore*, London, 1904, tomo II, pp. 203 y 204.

⁸ OMAN C.: *Sir John Moore*, London, 1953, pp. 217-18. Para las instrucciones que recibió Moore, ver Castlereagh a Moore, 20 April 1808, Public Record Office, War Office Papers, 1/189, ff. 1-25.

negaba a tales sugerencias, siendo su única salida la de remitir las peticiones suecas a Londres. Podemos tener una impresión de su situación por medio de una carta que escribió uno de los oficiales de su estado mayor, en donde el general manifestaba su frustración así:

*«No decidir cuando se debe actuar, es una muestra de imbecilidad o desunión por parte de nuestro Gabinete, o que estamos no inclinados a proveer aquella asistencia puntual que tanto necesita Suecia. Es verdaderamente penoso holgazanear en la inactividad. El gobierno británico no proporciona a sus generales suficiente poder para actuar con discreción, y en consecuencia hay que hacer consultas por correo. Aquí se pierde mucho tiempo, y la gran responsabilidad que tiene que pesar sobre el general se transfiere a los ministros, quien, por ignorancia de las situaciones locales, no pueden dar instrucciones completas y apropiadas»*⁹.

En realidad escribir a Londres no ayudó mucho. Así por un lado el *Quartermaster General*, sir Robert Brownrigg informó a Moore que el gobierno no estaba muy contento por su falta de iniciativa y habría quedado más satisfecho si hubiese actuado por su propia cuenta. Además añadió la noticia molesta para Moore, de que «un escenario más alentador» se había presentado en la Península Ibérica a donde se iba a enviar un ejército bajo el mando de sir Arthur Wellesley¹⁰. Por otro lado, el gobierno, en vez de hacer volver al ejército de Moore —seguramente este era el deseo de su general— complicó la situación aún más con nuevas instrucciones que pusieron a Moore bajo el mando de Gustavo IV, con la limitación de que Moore no podía hacer nada que infringiera sus ordenes originales. En cierto sentido esta posición era bastante lógica —retirar a las tropas después de tan poco tiempo habría dejado a la Gran Bretaña en ridículo— y reflexionando, se puede suponer que el objetivo de estas nuevas órdenes eran de proporcionar a Moore todo el margen de maniobra posible para sus negociaciones con Gustavo IV. Pero por desgracia, el general británico interpretó esta situación de manera completamente diferente. Según él, las nuevas instrucciones eran «bastante poco explícitas y contradictorias», lo cual le persuadió a escribir a un amigo en los Horse Guards el comentario siguiente:

⁹ D. Gardner a sus hermanas, 11 de junio de 1808; carta manuscrita en manos de Sr. Peter Weaving con cuyo amable permiso se ha reproducido.

¹⁰ Brownrigg a Moore, 31 de mayo de 1808, *cit.* BROWNRIGG, B.: *The Life and Letters of Sir John Moore*, Oxford, 1923, p. 178.

«Las cartas de Lord Castlereagh son las que quizás debían esperar, pero no las que debía recibir. Ningún ministro que actúa así respecto a los que trabajan bajo su dirección merece un buen servicio»¹¹.

Sin embargo, no había remedio y el 12 de junio Moore salió de Goteborg con sir George Murray para Estocolmo con la intención de negociar personalmente con Gustavo IV. El resultado fue el remate. No se podía llegar a ningún acuerdo con el rey, que además resultó una persona muy difícil. En consecuencia, más convencido que nunca de la necesidad de una evacuación, Moore escribió a Londres para pedir otra vez aclaraciones. A Gustavo, la actitud de Moore le pareció muy sospechosa y aún más porque entendió perfectamente que la nueva guerra en España, ofrecía a los británicos un teatro de operaciones alternativo y más optimista que el de Suecia. Pensando que Moore estaba intentando hacer fracasar las negociaciones para montar una excusa que le permitiera abandonar su país, tomó la extraordinaria decisión de poner a Moore en arresto domiciliario con el fin de evitar su regreso a la costa y ganar tiempo para poder quejarse a Londres de esa conducta. Siguió varios días tumultuosos en que, incluso, hubo momentos en que parecía que iba a estallar un conflicto militar con las tropas de Moore —estas habían pasado todo el tiempo desde su llegada a la costa de Suecia confinadas en sus barcos en la rada de Goteborg— pero, por fin, fue el mismo general el que encontró una solución. Recurriendo a un disfraz, el 27 de junio, escapó de Estocolmo en el interior de una diligencia hasta Goteborg. Tres días después zarpó con todo su Cuerpo de ejército para Inglaterra¹².

De esta forma terminó la curiosa historia de la expedición británica a Suecia de 1808. Respecto a este asunto, se podía emplear mucho tiempo en analizar las razones del fracaso. Pero, en lo que se refiere a nuestros fines, el único hecho que importa es que Moore volvió a Inglaterra muy enojado con el gobierno. Para él, todo era culpa de los ministros y de Gustavo IV. Se irritó mucho de que nadie le pudiera dar una satisfacción. Podía decir, con algo de justicia, que había recibido muy pocas cartas oficiales de lord Castlereagh durante su estancia en Suecia. Y eso no era todo. En la mente de Moore, su ausencia en Suecia le habría supuesto perder el mando de la expedición que se había enviado a España y Portugal, llegando también a sus oídos la murmuración, de que la curiosa estructura dada a tal mando

¹¹ MAURICE: *Diary of Sir John Moore*, tomo II, p. 220; Moore a Gordon, 12 de junio de 1808, British Library, Additional Manuscript 49482 (de aquí en adelante BL. Add. Ms.), ff. 78-9.

¹² MUIR y ESDAILE: «Strategic planning in an age of small government», pp. 61-5.

—como es bien sabido, sir Arthur Wellesley le había suplantado, no solamente pasando por uno, sino por otros dos generales— era todo un complot para arrebatarse otra vez la gloria. Colocarle en una situación tan difícil como la que encontró en Suecia no era nada más que un intento para desacreditarle y acabar con su carrera militar. En realidad, estas sospechas y temores no tenían fundamento. Si existía algún tipo de enfado en Londres con Moore no era algo importante. Simplemente la carrera profesional de aquel general no se incluía en los proyectos de los ministros, que, además, tenían otras preocupaciones y al mismo tiempo se encontraban también burlados en el asunto de Suecia. En realidad, además de no conocer nada de España y Portugal (en contraste con el definitivo general en jefe de la expedición peninsular, sir Hew Dalrymple, que había servido como Gobernador de Gibraltar y tuvo muchos contactos con los insurgentes españoles), Moore no tenía suficiente categoría militar para concebir alguna esperanza de mando en una expedición de gran envergadura como la de la Península. No era posible para Moore recibir el mando del Ejército peninsular, pero es obvio que esta cuestión se envenenó en su cabeza y provocó, como consecuencia, una crisis espectacular. Informado por lord Castlereagh —un individuo tímido, frío y poco agraciado socialmente— mediante maneras nada afortunadas, de que tenía que llevar su división a Portugal y ponerse bajo el mando de Dalrymple, su respuesta fue una explosión de rabia, mediante la cual arrojó en la cara del Secretario de Estado toda una serie de acusaciones. Como la respuesta de Castlereagh era negar que el general tuviese motivos para quejarse, la situación se deterioró aún más, y, aunque Moore salió para España, la disputa continuó en un intercambio desabrido de cartas, en donde, reforzado por el apoyo que le prestó el duque de York y sus aliados de los Horse Guards, el general se mantuvo desafiante. Por otra parte, el ministro sugería que a Moore se le debería haber expulsado de su puesto, si no fuera por las necesidades de la nueva campaña. En resumen, un momento de gran crispación en el que se rompieron por completo las relaciones entre dos personas. Finalmente, era una situación muy desgraciada para Moore, el no llegar a asumir las responsabilidades que suponían el mando del Ejército expedicionario británico más importante que se había visto en Europa desde la Guerra de la Sucesión Española de 1701-1714¹³.

¹³ El conflicto entre Moore y Castlereagh se estudia con más detalle en *Ibíd.*, pp. 70-1, y DAVIES: *Sir John Moore's Peninsular Campaign* (The Hague, 1974), pp. 39-42. Para varias cartas de Moore sobre el asunto, ver Moore a Gordon, 23, 25 y 26 de julio de 1808, BL. Add. Ms. 49482, ff. 93-7, 101-4.

Pero como a nadie se le permite conocer el futuro, Moore salió con su división para Portugal el 31 de julio de 1808. En aquel momento, la idea de que aquel general, llegara a ser el general en jefe no habría entrado en ninguna cabeza. Primeramente había el problema de Londres. Como el mismo sir John Moore confesó:

«Después de lo que ha pasado en Inglaterra, no puedo esperar nada. Estoy resignado a cualquiera humillación. Probablemente me dejarán bajo el mando de Sir Hew o de alguna persona de este tipo. Sin embargo, me armaré de paciencia, y confío que el Rey o el Duque [es decir, de York] me retirará, si se hace cualquier intento para emplearme en un puesto inferior a los que mis servicios deben corresponder»¹⁴.

En segundo lugar estaba la situación del ejército en Portugal. Por el momento el mando quedaba en manos de Wellesley, pero, tan pronto como llegase a España, este jefe tendría que ceder el puesto a sir Hew Dalrymple y a su segundo, sir Harry Burrard. Moore se situaba entonces, el número cuatro en la cadena de mandos, y en verdad, se necesitaba de una gran imaginación para que llegara a ser número uno. Sin embargo, lo mismo se puede decir de la conducta de Burrard y Dalrymple. No contentos con derrochar los frutos de la victoria de Vimeiro del 21 de agosto de 1808 —batalla en que Wellesley no solamente derrotó por completo al gobernador francés de Portugal, general Junot, sino que también ofreció a sus superiores la posibilidad de cercar a los franceses y obtener su rendición incondicional— negociaron un convenio para la evacuación de Lisboa, cuyas cláusulas fueron tan generosas como inapropiadas. Como resultado, surgió una protesta generalizada en Inglaterra, de tal calibre, que en poco tiempo el Gobierno se encontró en la necesidad de llamar a Londres a todos los generales implicados en el acuerdo negociado con Junot (firmado el 31 de agosto de 1808, se llamó la Convención de Sintra) para que justificasen su conducta en un tribunal militar. Y con Dalrymple, Burrard y Wellesley, todos ellos, de vuelta a Gran Bretaña, no había otra alternativa que la de Moore. Este general se mostró muy sorprendido por la decisión —«*Por qué se llegó a mí*», dijo, «*no tengo ni idea*»— pero la verdad es que el Gobierno británico no tenía otra opción: Moore, un general de probado talento y energía, con muchos amigos poderosos en los Horse Guards, se encontraba ahora en el mismo teatro de la guerra. Nombrar a otro, habría supuesto al Gabinete muchas complicaciones y bastante tiempo. Sin embargo, era obvio que la decisión no cayó muy bien a

¹⁴ Moore a Gordon, 31 de agosto de 1808, BL. Add. Ms 49482, ff. 111-14.

algunos ministros. Por ejemplo, Canning reconoció que la había aceptado «*sin entusiasmo y con poca esperanza de bien*»¹⁵.

El 6 de octubre de 1808, sir John Moore se encontró por fin, al mando de un poderoso ejército. En Portugal estaban 36 batallones de infantería, tres regimientos de caballería y 13 baterías de artillería, y a punto de zarpar del puerto de Falmouth en Inglaterra bajo el mando de sir David Baird, 13 batallones de infantería, tres regimientos de caballería y tres baterías de artillería. Después de prever una guarnición para Lisboa de once batallones de infantería, un regimiento de caballería —que había sufrido serias bajas en la batalla de Vimeiro— y seis baterías de artillería (un arma que siempre necesitó mucho apoyo logístico para el que los británicos tuvieron mucha dificultad de encontrar en Portugal) y también abandonar muchos enfermos en los hospitales, quedaron disponibles para las operaciones de España, unos 33.000 hombres (38.000 mil si añadimos los oficiales y jefes). En cuanto a su calidad, podemos afirmar que todas estas tropas tenían un excelente nivel de entrenamiento y, como se deduce de la batalla de Vimeiro, un sistema táctico muy superior a la opuesta parte francesa. Sin embargo, la cuestión de disciplina y experiencia era otro asunto: habían muchos soldados bisoños, ningún regimiento que se considerara muy veterano y además, la tropa mostraba una lamentable predisposición hacia el pillaje y la embriaguez.

Estas eran las fuerzas de Moore. ¿Como tenían que actuar? Según sus ordenes, escritas por Lord Castlereagh con fecha del 26 de septiembre, su objetivo era el de concentrar sus fuerzas en España, para luego apoyar a los ejércitos españoles en las operaciones ofensivas que se preveían en el norte del país. Hay que recordar aquí que para los británicos, Portugal nunca se había considerado como el teatro de operaciones más importante de la Península. Al contrario, al empezar la guerra, la intención había sido enviar el ejército expedicionario directamente a España, lo cual no se había podido hacer por la resistencia de las juntas de Galicia y Asturias, a las que, según ellas, no faltaban tropas, sino, más bien, armas, uniformes y dinero. La mejor ayuda que podían ofrecer los ingleses a la causa común era atacar a las fuerzas francesas en Portugal. Sin embargo, a la vista de lo que iba a suceder es importante subrayar que esta agresividad se atemperó con medidas de cautela. Así, lo que nunca se autorizó era la idea de marchar directamente contra los franceses y ni mucho menos, desplegar el ejército británico en las inmensas llanuras de la meseta, donde la superioridad numérica de la caballería francesa se haría sentir de forma muy desfavora-

¹⁵ ESDAILE y MUIR: «Strategic planning in an age of small government», p. 73.

ble. Cabe añadir también que muchos oficiales con misiones de enlace enviados a España por Castlereagh en las semanas posteriores al levantamiento estaban suministrando una visión muy pesimista de los ejércitos españoles, por no decir de las Juntas Provinciales que los controlaban de forma autónoma. Faltaban armas, equipo, uniformes, calzado, comida, transporte, disciplina y entrenamiento. Mientras estas Juntas se mostrasen insolidarias, ineficaces y egoístas, los británicos tenían que apoyarse en alguna ciudad costera y no arriesgarse en operaciones combinadas en el interior de Castilla la Vieja. Según el plan original de lord Castlereagh, comunicado a Dalrymple en un oficio del 20 de agosto, la prioridad del gobierno era trasladar las fuerzas británicas destinadas a Portugal, por mar a la costa norte de España, donde podrían actuar al abrigo de la cordillera cantábrica en contra del flanco derecho de los franceses que se habían retirado al Ebro después de la batalla de Bailén. Tal prioridad, se confirmó en una segunda carta del 2 de septiembre, y, por fin las órdenes que se enviaron a Moore como nuevo general en jefe, el 26 de septiembre indicaban trasladar sus fuerzas por mar y tierra a Galicia, donde podrían unirse a las tropas de Baird y adoptar una posición de expectativa en las fronteras de aquella región. Se había percibido, en consecuencia, un importante cambio en la planificación del Gobierno británico y esto refuerza la impresión de cautela que las acciones posteriores proporcionan. Ya no se hablaba de operaciones en el flanco y la retaguardia de los franceses, mientras que Santander y Gijón —los puntos mencionados inicialmente como posibles para una base principal— se habían descartado en favor de La Coruña. Las razones que se justifican para este cambio eran más que nada logísticas. Se comprobó que La Coruña tenía un puerto mejor que Gijón y Santander, y que Galicia tenía más recursos para el abastecimiento y el transporte que Asturias o la zona Cantábrica. También, es obvio que, desplegado, por ejemplo, en Monforte de Lemos, el ejército británico estaría a cubierto, con su retirada al mar perfectamente asegurada¹⁶.

Cabe preguntarse el origen de toda esta reserva. En resumen, la explicación de esta dificultad era que los recursos militares de Gran Bretaña no eran tan importantes como lo que se suponía. No existía la conscripción en el ejército regular de Gran Bretaña, mientras que tampoco había mucho interés de alistarse voluntariamente, ya que el servicio militar regular se veía con malos ojos. Al mismo tiempo, aunque un buen número de hombres servían en una gran variedad de unidades destinadas a la defensa de Gran

¹⁶ DAVIES: *Sir John Moore's Peninsular Campaign*, pp. 50-9.

Bretaña, eran tan inútiles estas fuerzas, que el ejército regular tenía que mantener siempre gran parte de sus tropas en guarnición en la metrópoli. Obviamente, Gran Bretaña era además una gran potencia que tenía que mantener fuerzas en muchas otras zonas del globo además de Europa. Aunque se hicieron grandes esfuerzos para reclutar soldados extranjeros en unidades como el regimiento de *Chasseurs Britanniques*, cuyas filas incluyeron unos trescientos prisioneros de guerra españoles, —incluso más recientemente en Lisboa, cuando se rindieron los franceses a Dalrymple, cerca de un 20% de los soldados de los tres regimientos suizos y alemanes que lucharon en las filas de Junot desertaron a los británicos—, el resultado era que había muy pocos soldados que se podían utilizar en expediciones como la de Moore. En consecuencia, los soldados de Moore suponían un recurso precioso. El historiador militar Oman escribió: «*Lo que había era no un ejército de campaña inglés, sino el ejército de campaña inglés. En el caso de que le destruyeran, no quedaba otra fuerza alternativa: costaría años reconstruir otro ejército*»¹⁷.

Si en Portugal, los generales hubiesen respetado el plan del Gobierno inglés, es posible que la historia de la Guerra Peninsular hubiera sido muy diferente. Pero de hecho, tanto Dalrymple como Moore tenían otras ideas. Como gobernador de Gibraltar, el primero había mantenido muchos contactos con el general Castaños en las primeras semanas del alzamiento, y ahora quería cooperar directamente con el vencedor de Bailén, lo cual suponía una marcha por tierra hacia, por ejemplo, Burgos —por medio del consejo de guerra que se celebró en Madrid el 5 de septiembre de 1808 se envió a Castaños y a su ejército del Centro a La Rioja—. Dalrymple había pensado en tal plan de operaciones desde la rendición de Junot, y así el 14 de septiembre despachó a uno de los oficiales de su estado mayor a Madrid —precisamente lord William Bentinck— para conferenciar con Castaños y negociar los detalles de la marcha de los británicos hacia el Ebro. Dado que no existían datos fiables sobre las rutas que conducían de Lisboa a Castilla la Vieja, se envió también al general Anstruther —un oficial de mucha experiencia y eficacia que había estado en varios destinos administrativos— para reconocer el estado de los caminos en Beira. Finalmente, mientras se esperaba noticias de Madrid y Beira, se trabajaba desesperadamente para asegurar al ejército los suministros y el transporte que se necesitarían antes de marchar para España. Hay que aclarar que en esta época el ejército británico tenía solamente un cuerpo de transporte muy

¹⁷ OMAN, C.: *A History of the Peninsular War*, Oxford, 1930, tomo I, p. 503.

pequeño, siendo su costumbre alquilar lo necesario a la población civil en el mismo teatro de operaciones¹⁸.

Dalrymple se apoyaba en su determinación de desatender la preferencia del gobierno británico en una campaña en la costa cantábrica, en base a una cláusula de sus instrucciones que le dejaba un cierto grado de iniciativa e independencia, si las circunstancias así lo requerían. Pero también contribuyó algo la situación en el Alentejo. Según la Convención de Sintra, tenían que rendirse no solamente la guarnición francesa de Lisboa, sino también las de Almeida y Elvas. En el caso de la primera no había ninguna dificultad, pero en Elvas surgieron serios problemas. Ante la sorpresa de todo el mundo, una fuerza considerable de tropas españolas cruzó la frontera desde Badajoz y bloqueó la fortaleza portuguesa. Esto obligó a Dalrymple a enviar tres brigadas de infantería y dos regimientos de caballería, para proporcionar alguna seguridad a los franceses e intimidar a los españoles. El resultado fue que en el momento en que Moore asumió el mando, gran parte del ejército británico se había dispersado por la región del sur del Río Tajo. Como consecuencia, el nuevo general en jefe tenía ahora un pretexto excelente para no obedecer las órdenes dadas. Gracias a la ocupación del Alentejo, embarcar al ejército en Lisboa le habría costado mucho más tiempo que lo previsto por el gobierno, mientras que seguir sus instrucciones, también suponía la pérdida de todos los preparativos hechos por Dalrymple para facilitar la marcha de las tropas hacia el Ebro, siendo esta última, la opción que, según informó a Londres, iba a adoptar inmediatamente. Pero no hay duda que había otros motivos en esta rapidez de la conducta de Moore. Para éste, cualquier cosa que procediera de la mente de un político, era *ipso facto* despreciable, ya había ridiculizado el plan inicial de Castlereagh de un desembarco en Santander como «una serie de galimatías que utilizan lo hombres de despacho [que] se imaginan soldados»¹⁹. También había otra cosa muy importante: hasta el momento había tenido un currículum militar algo decepcionante. Así, a pesar de su preeminencia, la gloria militar le había eludido. Herido en Egipto en 1801, no había podido participar en la victoria final de los británicos y en 1806 había llegado con retraso para el triunfo británico de Maida en Italia. Recientemente le había sucedido lo mismo en la batalla de Vimeiro. Así, dirigirse sobre los franceses por el camino mas rápido representaba una fuerte atracción y Moore no habría

¹⁸ DAVIES: *Sir John Moore's Peninsular Campaign*, p. 57; para una descripción de las dificultades que experimentaron los británicos respecto a la organización de su comisaría y tren en Portugal, ver OMAN: *Peninsular War*, pp. 489-90.

¹⁹ La descripción del plan de Castlereagh como «un tipo de galimatías» viene de Maurice, *Diary of Sir John Moore*, tomo II, p. 261.

sido muy humano si no la hubiese sentido. No sabemos si algo de esto influyó, pero hay seguramente algo sospechoso en la carta, completamente falsa de intenciones, que envió el 18 de octubre a su amigo James Willoughby Gordon, en aquella época, alto funcionario en la casa militar del duque de York. Así: «*Respecto a los planes de campaña me alegro bastante de que no me hayan molestado desde Inglaterra*»²⁰.

Sin embargo, antes de que podamos acusar a Moore de haberse lanzado —en frase inglesa— con la cabeza calva contra el enemigo, hay varias circunstancias que se deben tener en cuenta. Primeramente, la opinión del general, que una marcha mejoraría tanto la disciplina como la preparación del ejército²¹. Luego, se pueden hacer muchas suposiciones para las que no tenemos una respuesta fácil. ¿Había, por ejemplo, bastantes barcos para trasladar las tropas a La Coruña? ¿Había dudas respecto al tiempo? ¿Era previsible que hubiera mal tiempo en el otoño e invierno? ¿Tenía Moore alguna noticia previa de la hostilidad de la Junta de Galicia respecto a la presencia de tropas inglesas? ¿Había dudas sobre la capacidad de Galicia para sostener y apoyar a un ejército aliado de casi cuarenta mil hombres? Tener unas respuestas a todas estas preguntas sería muy interesante, y en ellas se podía basar una defensa de Moore. Aquí, también podríamos mencionar la necesidad política de apoyar cuanto antes a los españoles por medios militares. Vale la pena recordar que muchos representantes de la opinión patriota española mantuvieron su fe en el heroísmo y entusiasmo del pueblo español y por ello se insistía en que la presencia de tropas inglesas no era necesaria. Pero, dicho esto, hay que manifestar que defender a Moore es muy necesario, más aún cuando el avance que realizó, en cierta forma, parece muy extraño. Se deberían tener en cuenta cuatro aspectos. Primeramente, estaba la situación de la misma España. Hay que decir, en justicia, que Moore no tenía acceso al torrente de información negativa que estaba llegando al despacho de Castlereagh. Es cierto que esto no es ninguna defensa. Desde los últimos días de septiembre iban llegando a Lisboa las cartas del comisario enviado a Madrid por Dalrymple, lord William Bentinck, y en tales documentos aparece el mismo cuadro depresivo que en las cartas enviadas a lord Castlereagh. Así, en España no había coordinación, no había unión, no había energía, no había competencia, no había disciplina, no había hombres, no había armas, no había suministros y no había transportes. En segundo lugar, era obvio que los españoles no podían ofrecer ninguna garantía respecto al apoyo logístico que se necesitaría en el

²⁰ Moore a Gordon, 18 de octubre de 1808, BL. Add. Ms. 49,482, ff. 136-9.

²¹ Moore a Gordon, 4 de octubre de 1808, *Ibidem*, ff. 128-30.

momento en que los británicos avanzaran unas pocas leguas fuera de la costa. En esta época era imposible pensar en el sistema de convoyes que resultó tan importante en las operaciones de Wellington. En tercer lugar no había mucha información segura sobre los franceses. Y en cuarto lugar, hay que reconocer que el plan de internarse en Castilla la Vieja no tenía el menor apoyo en los militares británicos, y no solamente en general, sino incluso, entre los amigos y colaboradores de mismo Moore. Así, Sir Arthur Wellesley, el duque de York, James Willoughby Gordon y los dos oficiales más importantes del estado mayor del general, opinaban a que era mejor estacionar el ejército en Asturias o Santander y expresaban sus dudas respecto a las posibilidades de librar una campaña en el interior en la que pronosticaban un posible fracaso²².

Lo que vemos es una pintura nada halagüeña. Situado desde los primeros momentos en contra de la opinión de sus jefes políticos, Moore insistió en comprometer al ejército en una aventura muy dudosa y arriesgada cuyos resultados —la famosa ofensiva en León que desbarató la reconquista francesa de España en diciembre de 1808— son difíciles de conciliar con los peligros evidentes. Una concentración inglesa en las fronteras de Galicia seguramente no habría presentado más dificultades, ni más retraso que una marcha hacia Valladolid y Burgos, y al mismo tiempo habría dejado al ejército británico en una posición perfecta para la operación que por fin se ejecutó. Lo que dibuja un cuadro aún peor, es que había muchos errores en la ejecución del plan. Si el ejército británico iba a aventurarse en las grandes llanuras de la meseta, era imprescindible que se concentrase con toda la rapidez posible, y eso se deducía, porque a mediados de octubre era obvio que una contraofensiva francesa aparecía como una realidad cada vez más probable. Pero esta rápida concentración no tuvo lugar, y la culpa fue en gran parte de Moore. Para el punto de reunión se escogió la ciudad de Salamanca, pero, si aquella localidad no era un mal destino para las tropas que venían de Portugal, en cambio se situaba a una distancia enorme desde La Coruña. Además, tendría que hacer muy buen tiempo, para que los 12.000 hombres del general Baird llegaran al *rendezvous* que Moore tenía previsto para mediados de noviembre. En teoría, esto no era imposible —la infantería y artillería de Baird llegaron a La Coruña el 13 de octubre— pero en la guerra, la teoría es una cosa y la realidad otra. Así, la Junta de Galicia puso muchas dificultades al desembarco y a la marcha de las tropas británicas, mientras que, lo mismo

²² DAVIES: *Sir John Moore's Peninsular Campaign*, pp. 63-75.

que en Portugal, encontrar carretas, mulos y animales de tiro en Galicia era bastante difícil. Cabe añadir también que otros problemas en Inglaterra retrasaron la llegada de la caballería durante tres semanas. En estas circunstancias, esto no tenía mucha importancia. Se añade a todo ello el efecto de las lluvias de otoño, las cuales frecuentemente inutilizaban las carreteras. El 23 de noviembre, Baird se encontró en Astorga, y aún así no tenía concentradas todas sus fuerzas. Si aquí hay falta de previsión, en Portugal había negligencia. Para llegar rápidamente a Salamanca había que dividir el ejército en varias partes, pues el problema de los suministros se habría convertido en una pesadilla, y la carretera elegida para la marcha se habría colapsado si circulaba por ella una masa compacta de tropas. Para conseguir esto se propusieron varias rutas. Desde Lisboa estaba la carretera de Oporto a Coimbra y luego una ruta secundaria que pasaba por Viseu y Celorico hasta Almeida y, por fin, a Ciudad Rodrigo. También existía otra ruta secundaria que remontaba el Tajo hasta Vila Velha y luego pasaba por Castelo Branco y Guarda antes de cruzar la frontera en Vilar Formosa y llegar también a Ciudad Rodrigo. Y por fin, desde Elvas se podía subir por Campo Mayor y Alburquerque, cruzar el Río Tajo en Alcántara y luego, bien marchar a Ciudad Rodrigo por Perales, o directamente a Salamanca por Plasencia y Baños de Bejar. Aunque en algunos casos no fueran muy buenas, todas estas rutas se mostraban utilizables para los medios militares durante la guerra —es decir, permitían el paso de grandes unidades compuestas de infantería, caballería, artillería y trenes de bagaje— pero por razones que todavía no están muy claras, Moore se dejó convencer de que eran intransitables para la caballería, la artillería y los carros pesados. Así, la mayor parte de las dos armas mencionadas (menos una sola batería de artillería ligera), todo el bagaje pesado y alguna infantería se dirigieron por el camino real de Lisboa a Madrid, el cual seguía el trayecto Elvas-Badajoz-Mérida-Almaraz-Talavera. En sí mismo este no suponía un desastre —el camino era mucho mejor que las alternativas— y desde Almaraz había una carretera secundaria que conducía a Plasencia y a la carretera que unía aquel pueblo con Ciudad Rodrigo. Pero por desgracia, el oficial al mando de la columna no encontró esta carretera, y así siguió el camino real casi hasta Madrid, antes que girar a la izquierda por la carretera que se unía con Navalcarnero y El Escorial, de donde marchó por Arévalo y Alba de Tormes a Salamanca²³.

²³ Para una discusión del problema de las carreteras, véase *Ibíd.*, pp. 75-7; OMAN, *Peninsular War*, tomo I, pp. 494-7; S. G. P. Ward, «Some fresh light on the Corunna campaign», *Journal of the Society of Army Historical Research*, XXVIII, núm. 115, Autumn, 1950, pp. 109-13.

Nunca sabremos porqué Moore tomó la decisión de utilizar esta última ruta tan indirecta, ya que ninguna de las explicaciones que se han sugerido es totalmente aceptable. Dentro de muy poco tiempo el general se habría dado cuenta de que había cometido un error muy grande y que todas sus fuerzas habrían podido marchar directamente a Salamanca. No hay duda del resultado: fue completamente imposible concentrar el Ejército británico antes de primeros de diciembre. Peor todavía, no había avanzado mucho el mes de noviembre cuando los franceses iniciaron la gran contraofensiva que Napoleón tenía planeada desde la evacuación de Madrid en el verano. Así, a mediados de ese mes las victorias francesas de Gamonal y Espinosa de los Monteros habían despejado el camino a Salamanca y situado a Moore, que se encontraba allí con una fuerza compuesta solamente de 15.000 hombres de infantería y seis cañones, a solamente 80 kilómetros de los franceses. Llegamos aquí al aspecto menos honorable de esta larga y complicada historia. Enfrentado con una situación en que le amenazaba, una derrota terrible, o una retirada humillante hacia Portugal, la reacción de Moore era de echar la culpa al Gobierno. Según la versión de los hechos que empezó a maquinarse, era la víctima culpable de la estupidez de lord Castlereagh y de sus aliados. El Gabinete era poco listo en poner tanta fe en los esfuerzos de los españoles, que a sus ojos se distinguían solamente por su apatía y falta de patriotismo. Por otra parte esta creencia en cierto modo no era injusta, ya que la respuesta popular a la guerra contra los franceses era muy diferente a la que se describe en la historiografía tradicional española²⁴, y si el ejército se encontraba absolutamente vulnerable y sin ninguna posibilidad de operar contra el enemigo, era debido a las órdenes imposibles que se le habían enviado. Cuando avanzó desde Lisboa ya sabía el riesgo que corría. Como escribió a Gordon el 26 de octubre: «*Si se detiene a los franceses bastante mas allá del Ebro, todo irá bien, pero si reciben refuerzos, toman la ofensiva y hacen retroceder a los españoles antes que nos unamos a ellos, nuestra situación no será nada halagüeña*»²⁵. A partir de aquí siguieron una serie de distorsiones. Tan pronto como el 12 de octubre, había escrito a Baird que la marcha hacia Salamanca se la había permitido el gobierno, reclamación que repitió en su diario dos días después²⁶. Ya en Salamanca se lee: «*Se han dejado animar en Londres y en*

²⁴ Para una discusión detallada de la respuesta popular española hacia la Guerra de la Independencia, ver ESDAILE, C. J.: *Fighting Napoleon: Guerrillas, Bandits and Adventurers in Spain, 1808-1814*, London, 2004.

²⁵ Moore a Gordon, 26 de octubre de 1808, BL. Add. Ms. 49482, ff. 144-8.

²⁶ Cf. DAVIES: *Sir John Moore's Peninsular Campaign*, p. 71.

Inglaterra por la falsa información transmitida por los oficiales enviados a los diferentes ejércitos españoles; que no tuvieron ni el sentido ni la honestidad de decir la verdad, y como resultado lord Castlereagh tiene muy poca idea de la situación en que nos encontramos aquí»²⁷. Esto significa, por supuesto, el peligro en que se encontraba: «En este estado de cosas a este ejército se le envió demasiado lejos»²⁸. Y de aquí también, una preferencia repentina por hacer planes algo menos emocionantes. Así, escribió a Baird, «Yo sé que debiste desembarcar en Cádiz y que te debí encontrar en Sevilla, donde habría sido posible unir y equipar al ejército, pero se ordenó otra cosa, y nuestro trabajo es cumplir con nuestras instrucciones»²⁹.

Suponer que todo esto da poco crédito a Moore es lo mínimo que se puede opinar, siendo su versión de los hechos nada más que pura invención. De hecho, si hubiese obedecido a las instrucciones que recibió, se habría encontrado, no en las llanuras de León con una parte de su ejército a 80 kilómetros de los franceses, sino en los montes de Galicia con toda su fuerza concentrada a tres veces la distancia citada. No se podía quejar, ni se lo podía decir a los ministros. El 25 de noviembre, por ejemplo, escribió el marqués de Buckingham, «Lord Castlereagh ha estado muy en contra de la marcha de Moore»³⁰. En poco tiempo la situación se había deteriorado aún más. El embajador británico en Madrid, John Hookham Frere, respondió al avance que los franceses realizaron sobre la capital en los últimos días de noviembre, con una serie de cartas cada vez más desesperadas por las que urgía un avance para salvarla. Sin embargo, todavía paralizado por la falta de su caballería y artillería, Moore se negó a atacar, al contrario, redactó las primeras órdenes para una retirada hacia Portugal. Aquella retirada se canceló rápidamente, pero en el periodo interino, el embajador transmitió una versión muy negra de los acontecimientos a Londres. También intentó socavar la autoridad de Moore dentro de su mismo ejército, pero esa es otra historia. Como se puede suponer, el impacto de sus cartas fue demoledor. Completamente furioso, Canning denunció a Moore como culpable de cobardía y sugirió a lord Portland que se le debía remplazar. El primer ministro coincidió con esta opinión, pero al final no se hizo nada, probablemente por falta otra vez de una alternativa³¹.

²⁷ MAURICE: *Diary of Sir John Moore*, tomo II, p. 281.

²⁸ Moore a Gordon, 29 de noviembre de 1808, BL. Add. Ms. 49482, pp. 156-8, itálicos del autor.

²⁹ Moore a Baird, 28 de noviembre de 1808, MAURICE, *Diary of Sir John Moore*, tomo II, pp. 347-8.

³⁰ *Op. cit.*; DAVIES: *Sir John Moore's Peninsular Campaign*, p. 77.

³¹ MUIR, R.: *Britain and the Defeat of Napoleon, 1807-1815*, London, 1994, pp. 76-7.

Pero, como sabemos, el cáliz envenenado se convirtió en una copa de celebración. Por un milagro de la suerte, las fuerzas de Napoleón dejaron a las tropas británicas en paz y así pudo Moore reunir a sus fuerzas y lanzar su famosa ofensiva en Castilla la Vieja. Siguieron los horrores de la famosa retirada hacia La Coruña, y la muerte de Moore en la acción de retaguardia que tuvieron que efectuar sus soldados agotados y harapientos en aquella ciudad el 16 de enero en 1809. Con la retirada del Ejército británico por mar perfectamente asegurada, se puede decir que todo había terminado bien. Incluso para el propio Moore que murió como un héroe, y así evitó el tribunal militar que le habría esperado en otras circunstancias. Sin embargo, la historia de las relaciones entre Moore y Castlereagh ha sido muy curiosa. Por un lado, se nota que el conflicto que libraron el general y el ministro dificultó las operaciones del Ejército inglés en España y llegó a amenazar su misma seguridad (se debe decir, no obstante, que no era responsable de la ausencia de los británicos en la primera línea de fuego en noviembre de 1808, teniendo la culpa de aquel hecho, el rechazo y desvío de Wellesley a Portugal por causa de la Junta de Galicia). Por otro, se percibe la importancia de encontrar un nuevo modelo de relaciones entre los gobiernos y sus generales: en la guerra moderna simplemente no había espacio para las cuestiones de *amour propre* que tanto excitaron a Sir John Moore.

Como dijo Lloyd George: «*La guerra es una cosa demasiada seria para dejarla a los generales*».